

LAS FALACIAS DE LA DROGADEPENDENCIA

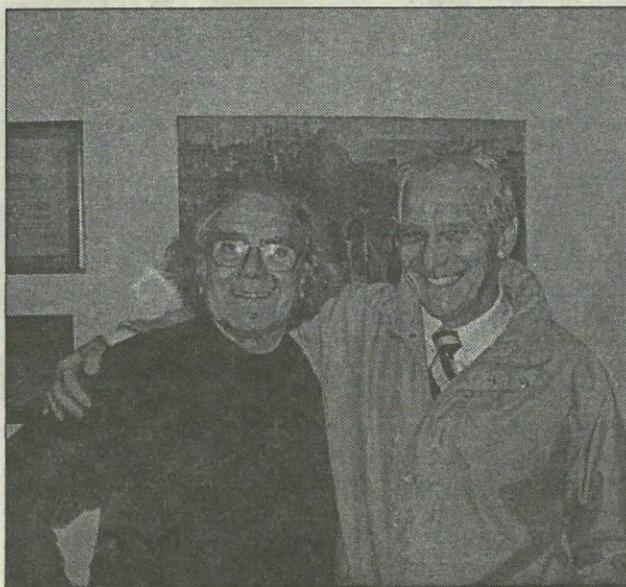
Ser sujetos significa estar sujetos a la palabra

La droga, un enemigo voraz y temido será un tema tratado por Luis Frontera en su visita a nuestra provincia.

Escribe Platón que Theuth, inventor de las matemáticas y la astronomía, llevó al rey Thamus un remedio (farmakón, en griego) para proteger la memoria. Y ese medicamento era la escritura que, a la mnesis (o memoria interior), le agregaba una hipomnesis (memoria protésica, exterior). Queda claro al leer esa anécdota (en el "Fedro"), el desagrado con que Sócrates (y Platón y Thamus) rechazaron el invento.

Y estas fueron algunas de las objeciones de los padres de la filosofía occidental: ¿Si el saber está escrito en un lugar, quién hablará con los sabios? ¿A quién se le preguntará ante una duda? ¿Si nadie entrena su memoria, cómo se evitará que este farmakón no genere lo contrario, o sea el olvido?

Jacques Derrida, en el Siglo XX, retomó esta historia y dejó establecidas dos cuestiones. La primera es que los humanos se habituaron demasiado a los "suplementos" (marcapasos, elixires, prótesis) para reforzar lo que ya tienen. Y la segunda es que también recurrieron abusivamente a las "suplencias", o sea al excesivo uso de sustancias para tapar sus aflicciones (la costumbre de aplacar químicamente el dolor físico,



los condujo a querer cancelar de la misma manera "el dolor de vivir").

Derrida, finalmente, señala que la sustancia (el farmakón) contiene una peligrosa ambigüedad: se lo reclama para tapar una falta pero, al ser usado, anula la subjetividad del sujeto (que se expresa a través de la palabra) y transforma a la persona en la esclava de una sustancia.

Pero no es necesario que el farmakón sea una droga química: hay también adictos al juego, al fanatismo religioso, a la comida o al sexo. O sea que, el concepto de adicción, sirve para todo. Y cuando algo sirve para todo, suele sospecharse de su seriedad.

En la encuesta realizada en Radio Nacional se preguntó, en confianza, a decenas de entrevistados-hospitalizados o encarcelados por consumo de tóxicos, qué esperaban obtener de una droga: el 20

% dijo que ayudaba a tapar un agujero, 16 % que servía para no pensar, 10% que para no sufrir, 4% que era útil para no desear otra cosa que no fuese droga, 2% que era buena para no tener que hablar (el 48% restante eligió opciones similares).

El recuerdo de aquellas personas es doloroso: algunas, sin agua para disolver la sustancia que iban a inyectarse, la mezclaban con su orina; y otros, en las cárceles, usaban el agua que corría por el excusado.

Pero lo más claro, como resultado, era que usaban las drogas para evitar el contac-

to y el diálogo con los otros.

Pero si digo "drogo-dependencia" estoy colocando a la droga (el farmakón, sin esencia) en primer término. Cuando ese lugar debería ser para la persona y no para una sustancia, por sustancial que ésta fuese...

Que el químico no es la droga (o al menos que no es la única) lo dicen los Alcohólicos Anónimos: hace años que no beben, pero dependen de una sustancia que materialmente ya no tienen. Se hicieron lavados de sangre para extirpar ciertos tóxicos, pero, apenas realizados, las personas seguían reclamando el consumo.

La llamada drogodependencia, entonces, sería más atribuible a una falla del sujeto (que ya no tolera la vida tal como es) que a una sustancia. Señalar en primer término a la droga, suele ser un camino que oculta la constelación de daños que sufren las personas. Esa teoría, muy encuadrada políticamente del lado de la represión, suele recordar a aquel viejo personaje televisivo llamado Super Agente 86: para él, todos los malos eran del "Kaos" y, todos los buenos, pertenecían al "Control".

POR LUIS FRONTERA



Luis Frontera junto al legendario Reinaldo Bimbi, del Hospital de Perito Moreno, gran doctor rural